

Manuel Machado

Antología poética

Selección, introducción y notas
de Arturo Ramoneda



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2007
Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Antonio y Manuel Machado
© de la selección, la introducción y las notas: Arturo Ramoneda Salas, 2007
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-493-2
Depósito legal: M. 25.881-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 15 Introducción, por Arturo Ramoneda
- 77 Esta edición
- 79 Bibliografía

Antología poética

De *Tristes y alegres* (1894)

- 87 Realidad
- 88 ¿No más?
- 89 Nada
- 89 No sé
- 89 Inmoral
- 90 Orgía
- 91 Al olvido
- 91 Mis amores
- 93 Corazón
- 94 Fue
- 94 Antes
- 95 Cantares
- 95 ¡Ellas!

De *Alma* (1898-1900)

- 99 Adelfos
- 101 Los días sin sol
- 102 El jardín gris
- 104 Mariposa negra

- 106 Otoño
- 107 Oasis
- 108 Melancolía
- 108 Antífona
- 110 Cantares
- 112 Encajes
- 113 Castilla
- 115 Felipe IV
- 116 Oliveretto de Fermo
- 117 La corte
- 118 Oriente
- 119 Eleusis
- 121 El príncipe
- 122 Lirio
- 123 El jardín negro
- 125 Fantasía de Puck
- 127 Wagner
- 128 Versailles
- 130 Figulinas
- 132 La noche blanca
- 133 Copo de nieve

De Caprichos (1900-1905)

- 137 Pierrot y Arlequín
- 138 El viento
- 139 Escena última
- 140 Primer amor
- 142 La hija del ventero
- 143 Mimí, la modelo
- 144 Vísperas
- 145 Abel

- 146 Puente Genil
- 148 Se dice lentamente...
- 149 La voz que dice...
- 150 Kyrie Eleyson
- 151 La lluvia
- 152 La buena canción
- 153 Domingo

De La fiesta nacional (1906)

- 157 I
- 158 II
- 159 III
- 160 IV
- 161 V
- 163 VI
- 164 VII

De El mal poema (1909)

- 167 Retrato
- 169 Prólogo-epílogo
- 172 Yo, poeta decadente...
- 173 Mi Phriné
- 175 Internacional
- 177 La canción del presente
- 178 Chouette
- 179 El camino
- 180 A mi sombra
- 181 ?
- 182 Invierno
- 183 ¡Paz!
- 184 Última

- 186 Nocturno madrileño
- 187 Prosa
- 189 Cordura
- 190 Alcohol
- 190 Mutis
- 192 La canción del alba
- 193 La mujer de Verlaine

De *Museo* (1910)

- 197 Glosa
- 199 Don Carnaval
- 200 En un rincón de la catedral
- 201 Madrid viejo
- 202 Don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca
- 203 Las Concepciones de Murillo
- 204 Jardín neoclásico

De *Apolo Teatro pictórico* (1910)

- 209 La Anunciación
- 211 Doña Juana la Loca
- 212 La primavera
- 213 Carlos V
- 214 Desnudos de mujer
- 215 Asuntos bíblicos
- 216 Entierro de un monje
- 217 El caballero de la mano al pecho
- 218 La infanta Margarita
- 220 Un príncipe de la Casa de Orange
- 221 Escenas de costumbres
- 222 Siglo XVIII
- 223 La reina María Luisa

- 224 Los fusilamientos de la Moncloa
- 225 El balcón abierto
- 226 Carmencita

De Cante hondo (1912)

- 231 La copla andaluza
- 233 Cante hondo
- 235 Elogio de la solear
- 235 Soleares
- 237 El querer
- 239 Malagueñas
- 240 Polos y cañas
- 241 La pena
- 242 Seguiriyas gitanas
- 243 Soleariyas
- 243 Alegrías
- 245 Tonás y livianas
- 246 El cantar

De Sevilla (1920)

- 249 Carmen
- 250 Rosario
- 251 Ana
- 252 Dice la guitarra
- 253 Cantaora
- 254 Cualquiera canta un cantar...
- 255 Las mujeres de Romero de Torres
- 256 La guitarra habla

De Poemas varios (1921)

- 259 Paisaje
- 260 La huelga

- 262 Colores
- 263 Ante la joven muerta
- 265 El *couplet*
- 267 Sinfonía gallega
- 270 Alfa y omega
- 271 Marina

De *Ars moriendi* (1922)

- 277 Ars moriendi
- 280 Dolientes madrigales
- 282 El poeta de «Adelfos» dice, al fin...
- 283 Morir, dormir...
- 283 Ocaso
- 284 Regreso

De *Dedicatorias* (1910-1922)

- 289 Granada, por Rusiñol
- 290 A un poeta emigrante
- 291 La canción del invierno
- 292 En el peregrinar del peregrino
- 293 A Alejandro Sawa
- 294 A José Nogales, muerto
- 295 En la muerte de Julio Ruelas
- 296 A Rubén Darío
- 297 En la muerte de José Palomo Anaya

De *Phoenix* (1935)

- 301 Nuevo autorretrato
- 303 Estilo
- 304 Niños del parque
- 305 Dice la fuente...

- 306 Santiago de Compostela
- 308 Canto a Andalucía
- 308 Verano
- 309 Misterio
- 310 «Nessun maggior dolore...»
- 311 Rima
- 311 Hai-Kais
- 313 Semblanza de Ricardo Fuente

De Hora de oro (1938)

- 317 «Las lanzas», de Velázquez
- 318 Francisco Franco
- 319 Tradición
- 321 A Marcelino Menéndez y Pelayo
- 322 Oración a José Antonio
- 323 «De profundis»
- 324 La saeta
- 326 Teresa de Jesús
- 327 «Domine, ut videam...»

De Cadencias de Cadencias (1943)

- 333 Roma-Amor
- 334 A Lola Membrives, «Cancionera», de los Quintero
- 336 En un libro de Pilar Valderrama
- 337 «Fatum»
- 337 Crepúsculo
- 338 Ω
- 338 Narciso
- 339 Pregón de flores en elogio de «Las flores»
- 343 Ante Jesús crucificado
- 344 *Fides, spes, charitas*

De *Horario* (1947)

349 El niño divino

351 Índice de primeros versos

Introducción

Un libro de versos no se explica: se siente
y se ama o se detesta.

Manuel Machado

Vida y literatura

Durante algún tiempo, sobre todo en épocas de auge de la literatura comprometida y social, numerosos poetas y críticos se mostraron indiferentes o desdeñosos con la obra de Manuel Machado, al mismo tiempo que decretaban la superioridad de la de su hermano Antonio, sólo un año más joven que él. Luis Cernuda, en *Estudios sobre poesía española contemporánea*, escribió: «No hemos aludido en estas páginas [a otro poeta del 98], entre otras razones por lo insustancial y afectado de su obra: me refiero a Manuel Machado, hermano del grave Antonio»¹. Octavio Paz olvidó su nombre al afirmar que el único poeta español moderno que había usado «con naturalidad el lenguaje hablado (el único y el primero)» fue José Moreno Villa, a pesar de que éste había reconocido su deuda con Machado en el artículo «Manuel Macha-

do, la manolería y el cambio»². Es significativo que en el título del libro que dedicó a ambos Miguel Pérez Ferrero en 1947 figure primero el nombre del hermano menor, *Vida de Antonio Machado y Manuel*. En un artículo publicado en la revista *Quimera*, Carmen Riera se propuso reivindicar «al otro Machado», es decir, a Manuel: «Por exagerado que pueda parecer, algunos de los poemas de Manuel Machado son más actuales que muchos de los que escribió Antonio y aportan a la poesía española por lo menos tanto como éste, si no más, porque lo vinculan estrecha y directamente con la lírica europea»³.

En ese desinterés influyeron la calidad desigual de su obra literaria, de gran variedad y riqueza de temas y formas, y su aparente desvinculación de las circunstancias sociales y políticas de la España de la época (su visión de Castilla se redujo a instantáneas de las que estaba excluida la protesta enérgica). Él mismo, después de confesar que en su amor a España nadie lo superaba, precisó cuáles fueron sus vínculos con los escritores noventayochistas:

Es, sí, muy cierto que yo pertenezco plenamente a la generación del 98... en cuanto fue aquélla una generación principalmente estética; es decir, artística y literaria, que hizo una revolución literaria y artística; principalísima, casi exclusivamente estética, sin perjuicio –claro está– de las remociones de fondo que implican siempre los verdaderos trastornos de la forma.

También es cierto que yo fui el primero en poner, por entonces, sobre el tablero los temas españoles –netamente españoles– con mis glosas de Berceo, del Arcipreste y, sobre

todo, del famoso poema «que fizo Per Abad», destacando la figura de Alvar Fáñez y, por encima de ella y de lo demás, la de Myo Cid y su Castilla eterna. Pero ahí quedó el tema para «más señores» y yo no continué por ese camino, si bien la nota sentimental y lírica adoptó, en mí, la forma hondamente castiza de los cantares del pueblo...⁴.

Machado permaneció más atento a auscultarse a sí mismo, a la expresión de lo subjetivo, a recrearse en la música de las palabras, a la tradición folclórica y popular y a evocar tiempos pretéritos que a la realidad inmediata. La enfermedad moral, lírica y estética, la melancolía, el desaliento, la hiperestesia y la abulia –para Pedro Salinas, el «derrotismo espiritual enmascarado de exquisitez literaria»⁵– tuvieron su origen, más que en la crisis del 98, en la literatura europea del siglo XIX.

Su moderada evolución poética también contribuyó a mitigar el interés por su obra. Ajeno a los nuevos derroteros que siguieron otros poetas modernistas (Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán y su hermano Antonio, ante todo), Manuel Machado guardó una mayor fidelidad a los principios literarios de su juventud, sin que, en general, lograra configurar un mundo poético propio y reconocible y sin que consiguiera dar a sus descripciones e inquietudes una trascendencia y un alcance universal significativo (el más individual de sus estilos y su visión más crítica de la vida española correspondió a la etapa, que pronto abandonó, de sus poemas de la ciudad, de su «poesía canalla» de *El mal poema*).

Machado sí se mostró como hijo de su tiempo al permanecer atado, más que otros de sus compañeros, al

ideal bohemio y antiburgués, aunque esto lo obligara a trabajar como traductor y en actividades sin futuro. Al evocar estos primeros años, consideró que la indigencia era la compañera inseparable del poeta independiente: «De este modo, a menos de ser rico por su casa –*rara avis*– o de escapar de la miseria por una carrera facultativa seguida de una reñida oposición y que a menudo nada tenía que ver con las Musas, la suerte natural de todo poeta español era necesariamente el hambre»⁶. Ya antes había confesado, en el poema «La mujer de Verlaine», que «ser feliz y artista no lo permite Dios». En otros versos del «Prólogo-epílogo» de *El mal poema*, acentuó las notas amargas sobre la deplorable situación del escritor: «En un pobre país viejo y semisalvaje, / mal de alma... y de cuerpo y de facha y de traje [...] no vive el Arte... / O, mejor dicho, el Arte, mendigo, emigra con la música a otra parte». De «la fatiga / de luchar sin cuartel», de las «mortales / heridas a traición», de las «puñaladas / de que no brota sangre» y de la «ancestral pobreza española del vate» habló en el poema «Invierno», también de dicho libro.

Recordemos, por último, que sus cambios ideológicos y su apoyo a los vencedores en la Guerra Civil pesaron negativamente a la hora de enjuiciar su obra. Ya en 1913 confesaba:

De otra cosa se me tildará. De contradecirme con frecuencia. Y ya de eso no puedo defenderme fácilmente. Pero declaro, en cambio, que no me da pizca de vergüenza de mis contradicciones. De sabios es mudar de consejo, de hombres el equivocarse, de honrados reconocerlo. Además, eso

de pensar siempre lo mismo, me parece contra todo lo natural y de una pobreza de espíritu extremadísima. La consecuencia es una virtud negativa. ¡Siendo tan mudable la vida!¹⁷.

Sin embargo, hoy pocos niegan el puesto relevante que Manuel Machado ocupa en la literatura del siglo XX y su inequívoca autenticidad lírica.

* * *

Manuel Machado Ruiz nació en Sevilla el 29 de agosto de 1874, en el seno de una familia de la clase media, de ideas progresistas, con tradición liberal e intelectual. Su abuelo paterno, Antonio Machado Núñez, fue, además de médico y especialista en Ciencias Naturales, autor de numerosos tratados científicos, catedrático y rector de la universidad sevillana y uno de los primeros defensores en España de Darwin y del evolucionismo. El padre del poeta, Antonio Machado Álvarez, positivista y anticlerical, se unió al grupo krausista en Sevilla. Con su nombre o con el seudónimo de Demófilo publicó numerosos ensayos sobre tradiciones populares y el folclore andaluz.

En 1883, la familia se traslada a Madrid con el abuelo paterno, que había sido nombrado catedrático en la Facultad de Ciencias. Manuel y su hermano Antonio, inseparables desde entonces, estudian en la Institución Libre de Enseñanza, que influyó en su formación. La deuda contraída con Giner de los Ríos fue reconocida siempre por él: «Nadie ha hecho un surco más profundo, nadie sembró más fecunda semilla, nadie dejó una estela más amplia y luminosa. [...] Sí; su obra y su alma viven siem-

pre porque en su labor semidivina él supo formar los hombres para mañana»⁸. Un origen probablemente institucionista tiene su afición por la pintura, tan importante en su obra. Entre sus lecturas de esta época figuran Bécquer, Dickens, Shakespeare, una colección de comedias clásicas y el Romancero.

En 1893, su padre, que había emigrado a Puerto Rico como Registrador de la Propiedad en busca de prosperidad económica, enferma de tuberculosis y regresa a Sevilla, donde muere. En esta época, de gran pobreza para el arte y la literatura en España, Machado colabora en la revista *La Caricatura* y publica su primer libro de poemas, *Tristes y alegres*.

La muerte en 1895 del abuelo agrava la ya precaria situación económica familiar. Machado vuelve a Sevilla, bajo la tutela de un tío materno, donde termina el bachillerato y, en 1897, se licencia en Filosofía y Letras. Aquí se intensifica su afición a los toros y al cante flamenco. También inicia unas relaciones sentimentales con una prima suya, llamada Eulalia Cáceres, con la que se casará más tarde.

A su regreso a Madrid, trabaja en el *Diccionario de ideas afines*, que dirigía Eduardo Benot, amigo de su familia. En Sevilla, donde pasa unos días, le sorprende la noticia del conflicto de España con los Estados Unidos. En marzo de 1899 se traslada a París para trabajar como traductor en la casa editorial Garnier Frères. Se instala en el hotel Medicis, en el que había vivido Paul Verlaine. Con su hermano Antonio, que se reúne con él en junio, vive la bohemia literaria parisienne (él la denominó «bohemia sentimental y pintoresca»), se familiariza con las

últimas tendencias de la lírica (parnasianismo, simbolismo y decadentismo) y se relaciona con poetas y artistas españoles y extranjeros (con Rubén Darío, Pío Baroja, Amado Nervo, Enrique Gómez Carrillo, Laurent Tailhade, Jean Moréas, Paul Fort y André Gide, entre otros). En su artículo «La última balada de Oscar Wilde» traza un emotivo retrato de este autor: «Canoso y algo encorvado, con mengua de su gran talla, el arrogante Óscar se había convertido en un dulce personaje, sin desplantes ni pose»⁹.

De nuevo en Madrid, en diciembre de 1900, se une a Valle-Inclán, Villaespesa, Juan Ramón Jiménez, Ramiro de Maeztu y otros escritores que defienden innovadoras propuestas literarias. A partir de ahora colabora en *Electra*, nombre tomado del drama anticlerical de Galdós, cuyo polémico estreno celebraron los modernistas, *Juventud* (en el número 1 se publica su artículo «El Modernismo y la ropa vieja», en defensa de la nueva literatura) y en otros periódicos y revistas.

En la primavera de 1902, Machado vuelve a París, donde vive unos meses, con escapadas a Bélgica e Inglaterra. En 1904 estrena, en Sevilla, una obrita en un acto y en prosa, *Amor al vuelo*, escrita en colaboración con José Luis Montoto, de mensaje netamente conservador, muy del gusto del público burgués (no en vano estaba dedicada a Jacinto Benavente). En ella, los protagonistas, Ricardo, un sevillano que ha vivido en París, y Soledad, defensores de las relaciones amorosas libres, se arrepienten, se casan por la Iglesia y reniegan de la cultura francesa. En 1905 toma parte en la protesta contra la concesión del Premio Nobel a José de

Echegaray. En 1908 se publica su traducción, en prosa, de diversas obras de su admirado Paul Verlaine y regresa a París para reanudar su oscura tarea de traductor en Garnier. Las habituales penurias económicas lo llevan al año siguiente a emplearse en Madrid, durante un tiempo, como secretario particular de Rubén Darío.

Su inveterada enfermedad moral, el tedio y la desesperanza, la falta de confianza en su valor como poeta, avivada por las críticas negativas que había tenido su libro *Caprichos*, y un sentimiento de abandono, en el que influyó la separación de su hermano Antonio, que en 1907 se incorpora a su cátedra en el instituto de Soria, se van agravando. En una carta que dirige a Juan Ramón Jiménez el 22 de mayo de 1907, con la que acompañaba el envío de *Alma. Museo. Los Cantares*, le comunica: «Esos versos son todo. Todo, por ahora, y quizá para siempre». Miguel Pérez Ferrero escribe:

Manuel hace todo lo posible por anegarse en una soledad tumultuaria. Se entrega a los amoríos fáciles y a los amigos sin afición por la literatura. El mundo bronco de los amaneceres madrileños, que el poeta ha entrevisto tantas veces, le recibe como huésped de honor. Sin embargo, yerra de un lado para otro inútilmente, sin lograr hurtarse a su verdad, que le sigue y le hace cada noche su prisionero. En definitiva, es como la sombra al cuerpo, proyectada sobre el muro más próximo, a la luz de faroles confidenciales¹⁰.

James Gordon Brotherston destaca el cambio ideológico que se va produciendo en él:

Machado, desconfiando de su propio agnosticismo, simpatizaba en esta época con el grupo cristiano autoconsciente formado por Darío, Nervo y Santos Chocano [...]. El punto de vista vital, bohemio y anárquico, que mantuvo Machado como modernista, estaba entonces en entredicho, tanto admitiendo que no tenía nada nuevo o desafiante que decir por el momento, como por la fascinación que sentía hacia una tradición española que había declarado lógicamente inútil. Pero fue estimulado, casi a pesar suyo, durante los próximos años, a vivir hasta el final, como hicieron pocos de sus compañeros, la «tragedia ridícula de la bohemia». El estímulo era, por encima de todo, la crítica adversa¹¹.

Rafael Cansinos Assens añade:

El cristianismo de estos poetas, hijos, aunque rebeldes, del Romanticismo, distará mucho de ser un cristianismo fervoroso y creyente, como el de un Gabriel y Galán en «El Cristo de Velázquez». Será un cristianismo circunstancial, que unas veces servirá para acentuar el gesto de desdén hacia los materialistas del siglo, que suelen ser enemigos jurados de todo arte simbólico y proclaman una literatura que cante los descubrimientos de la ciencia –las maravillas monistas o la ley de la evolución–, y en este caso, asumirá la vaga máscara de un trascendentalismo indeterminado –tal fue el cristianismo de Poe– o un cristianismo estético que acogerá los símbolos cristianos para renovar el gastado tejido de las alegrías paganas –cristianismo de D’Annunzio–, vivificando así el arte neoclásico¹².

En 1909 viaja a Barcelona, donde es testigo de la Semana Trágica y conoce a Francisco Ferrer. También apro-

vecha la llegada al puerto de Barcelona de un barco capitaneado por un tío suyo para acercarse hasta Marsella. La sensación de libertad que le proporcionan el viaje y la contemplación del mar se refleja en su poema «Marina». Poco después decide poner fin a los ideales de la dorada bohemia y ajustarse a «la ley de los simples mortales», como reconocerá en su discurso de ingreso en la Real Academia Española en 1938. El 15 de junio de 1910 se casa, después de muchos años de separación, con su antigua novia sevillana. En el poema que le dedicó, precisa: «Cuando un santo nudo / nos unió, creímos / que habíamos siempre / vivido lo mismo. / ... La mano en la mano... (y un solo camino)». En una charla que dio en el Ateneo de Madrid en 1911, «Los poetas de hoy», se refirió al Modernismo como algo del pasado. A Juan Ramón Jiménez le resume el cambio que se ha producido en él:

Me preguntas por mi vida y voy a decírtela. Me casé, en efecto, hace poco más de un año, en Sevilla, con mi prima Eulalia, mi amor de niño, mi primero y único amor verdadero. Lo demás no han sido más que escarceos más o menos sensuales y correr del indomable potro joven... Me traje a mi mujer con mi madre y aquí vivimos contentos y felices, como en el final de los buenos cuentos. Mi hogar es dulce y tranquilo, mi compañera hermosa, buena y amante. La vida me es grata y amable a pesar de sus púas y sus ineptos lugares comunes. Trabajo para vivir y aún me queda tiempo de holgar para producir. Esto es todo¹³.

En 1912 cursa en la Universidad Central las materias exigidas en las oposiciones al Cuerpo Facultativo de Ar-

chiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Un año después gana la plaza de bibliotecario de la Universidad de Santiago de Compostela, pero pronto consigue el traslado a la Biblioteca Nacional de Madrid. A los pocos meses obtiene una plaza de auxiliar en el Archivo Municipal, por lo que se convierte en funcionario por partida doble.

En 1913 publica dos libros en prosa, *La guerra literaria* y *El amor y la muerte*. En el primero, recopiló 27 textos escritos desde 1903 (los más interesantes se refieren a la génesis y evolución del Modernismo). El otro, subtítulo *Capítulos de novela*, está compuesto por una colección de relatos breves en los que no faltan las notas de humor y de ironía.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, Machado toma partido por el país vecino, tan querido por él, y califica de «cobarde» la neutralidad española (en el poema «A Francia» considera a los franceses y a los españoles «hermanos en la sangre y en el alma latina»: «Cuanto es para vosotros bello y noble y gallardo, / gallardo y noble y bello para nosotros es...»). En *Día por día de mi calendario* (6 de junio de 1918) precisa: «Como en algo propio, me siento yo amenazado ante el avance alemán. Y es un suspiro de liberación el saber que los bravos soldados de Francia detienen al invasor y desconciertan los planes del férreo Hindenburg».

En 1916 comienza a hacer la crítica de teatro en el diario *El Liberal* (los comentarios que publicó entre el 6 de noviembre de ese año y el 9 de mayo de 1917 se recogieron en 1918 en *Un año de teatro: Ensayos de crítica dramática*). Además, es invitado a escribir sobre la vida política, social y artística. En algunos de sus artículos comparte